

variación del poeta, que se acerca paso a paso a la realidad de su tierra y aspira a despojarse de las antiguas bizarrías de los veinte años. De nada servirían ahora al poeta esos arrestos, puesto que una realidad grave, cejijunta y de batalla, comenzaba a cercar el destino de los países americanos, y era necesario tomar una posición definida, aun sirviéndose del arte. Guillén tenía un hondo sentido americanista. Y esto debería servirle para entender mejor el drama de su propio país primero y luego el de los demás. La muerte no quiso que en el poeta maduraran los nuevos sueños de que se sentía henchido. Murió en el instante en que se aprestaba para realizar un viaje al Ecuador, de confraternidad y de compañerismo intelectual.

La muerte de Guillén, renueva entre los amigos de Chile, que fueron muchos, los recuerdos de las bellas cualidades que lo adornaron como escritor y como amigo y lamentan el desaparecimiento de un poeta que tan sinceramente curioso se mostró con los aspectos intelectuales de nuestro país.

Manifestación a un escritor

Con ocasión de haber obtenido el premio anual *Atenea* (1934) por su libro *Pacífico-Atlántico* y con motivo de la publicación de su ensayo *Indecisión y Desengaño de la Juventud*, la Sociedad de Escritores y un grupo de amigos, ofrecieron una comida al señor Domingo Melfi D. La manifestación se verificó en uno de los restaurantes de la capital y fué ofrecida en bellas palabras por Mariano Latorre que hizo el elogio del festejado. Contestó el señor Domingo Melfi con el discurso que damos en seguida. Hablaron además, los señores Augusto d'Halmar, Ernesto Montenegro, Fernando Santiván, el escritor peruano Ramiro Pérez Reinoso, la poetisa Olga Acevedo, el ex diputado argentino Pedro Moreno y Lautaro García.

Asistieron a esta manifestación los siguientes escritores y amigos:

Lisandro Santelices, Alberto Romero, Jerónimo Lagos Lisboa, Carlos G. Nascimento, Enrique Vergara Robles, Carlos Préndez Saldías, Arturo Meza Olva, David Bari, Januario Espinoza, J. S. González Vera, Germán Luco Cruchaga, Alejandro Reyes, Milton Rossel, Ernesto Montenegro, Fausto Soto, Ascencio Díaz, Marta Brunet, María C. Madrid, Augusto d'Halmar, Eugenio González, Oscar Vera J., Luis Calvo Nieto, Olga Acevedo, Camilo Quinzio, Claudio Arteaga Infante, Enrique Espinoza, Carlos J. George Márquez, Diómedes de Pereira, Sady Zañartu, Ramiro Pérez Reinoso, David Perry B., Cleofas Torres, Mariano Latorre, Fernando Santiván, Luis Durand, Franco Paolantonio, Joaquín Edwards Bello, Ramón Valenzuela, Pedro A. Moreno, Francisco Ramírez, Lautaro García, Luis Apellániz y Ernesto Merino. Adhirieron: Juana Quíndoz, Lautaro Yankas, José María Perlaza, Carlos Vattier, Blanca Luz Bruna y Gonzalo Quinteros.

El discurso del señor Melfi fué el siguiente:

«Como he llevado una vida, más o menos silenciosa, me sorprende un poco esta manifestación de mis amigos. El premio casi no me parece mío, sino de todos ustedes, porque lo poco que hasta hoy he logrado realizar ha sido hecho en homenaje a las letras chilenas, a las cuales todos tenemos el deber de colocar en un sitio muy alto.

Los amigos han sido muy gentiles. Todos los que aquí se encuentran reunidos, en su mayoría, representan de algún modo lo más interesante de la literatura chilena, los esfuerzos para hacerla grande y un heroísmo que nunca me cansaré de aplaudir. Es un error para muchos, que no viven en la vida de las letras, creer que nosotros pasamos en estado de beligerancia permanente. Eso es inexacto. Vivimos del exceso de nuestra fuerza espiritual, para unos más enraizada que para otros, en la pasión de la tierra. Y estas diferencias suelen también establecer disonancias de temperatura.

Yo he tratado de ser un fiel intérprete de lo que la mayoría de ustedes han hecho por la literatura y en la literatura. He seguido los pasos de casi todos y en casi todos he encontrado satisfacciones profundas y fervorosas. Confundo a los creadores, que son casi todos ustedes, con los verdaderos animadores de la vida heroica o espiritual de esta nacionalidad. Creo que gran parte del entusiasmo y de la voluntad que hoy existen por sentir o

buscar las cosas chilenas, se debe a los escritores. Cada cual impone su visión, y unos con más fuerza que otros; todos impregnan el espíritu de las gentes con algo de la belleza magnífica de esta tierra. Nada de lo que se escribe se pierde, y si los escritores pudiéramos conocer exactamente en qué medida nuestras palabras van labrando surcos cada vez más hondos en el alma del pueblo, llegaríamos a sentirnos dueños de un orgullo muy sano y generoso.

Yo he visto leer en comunidad a gentes sencillas, cuentos o artículos de escritores chilenos. Así como hay en los rincones de este país gente que canta o compone o talla en los troncos de los campos unas figuras agrestes e impresionantes; palpita, asimismo, en el corazón aparentemente cerrado de estos pobladores, una vena alborozada y cordial que busca en los que escriben, el secreto y el conocimiento de sí mismos. El pueblo, o sea toda la sociedad, ha venido a saber lo que era, y cuál su destino, a través de sus cantores y de sus intérpretes. Por esto el arte, con ser lo que más une es, asimismo lo que más honda y definitivamente muestra el alma de cada nacionalidad.

Queda esta manifestación como una de las que más legítimamente pueden enorgullecerme. Un premio por un libro lleno de amor a esta tierra ha hecho reunirse a los amigos, escritores o no, a quienes admiro y quiero de verdad.

Gracias muy sinceras a todos. Y séame permitido levantar esta copa por la grandeza literaria y la felicidad de todos ustedes».